

HOLOCAUSTO

Mensaje predicado por el Ob. Buenaventura Luis
el día 31 de julio de 1999, en High Sprigs, con motivo del
Quinto Encuentro de Pastores de la Florida,

Buenas tardes hermanos:

Me siento agradecido del Señor por todas sus bondades, por su inmensa misericordia, y por cada uno de ustedes; porque el Señor nos ha concedido la oportunidad de reunirnos en este sitio en el día santificado para rendirle culto, para alabarle, y también para ser alimentados por medio de su santa palabra. Especialmente me siento agradecido del Señor porque me ha tenido por digno de ser instrumento suyo para la predicación de este día. Creo que en forma más directa o menos directa, en todo Dios tiene que ver con sus hijos, con su iglesia; así que si me han señalado a mí la predicación, es porque Dios lo ha querido así; pero también estoy agradecido de los que están organizando este encuentro, porque ellos han accedido a la voluntad de Dios.

Como muchos de ustedes saben, mi salud no es estable, pues hay ocasiones en que me siento bien (no es que lo esté, sino que me siento bien), pero en otras ocasiones no me siento bien, por lo cual digo que es inestable; y hoy es uno de esos días en que amanecí sintiéndome no bien. Pero nosotros confiamos en el poder de Dios, y confiamos en su promesa de que escucharía las oraciones de sus hijos, por lo cual pido a ustedes, no como una rutina, sino como una necesidad del momento, que en sus mentes estén en oración para que Dios me conceda decir algo acertado, porque mi condición en estos momentos no está para coordinar bien, y expresar, algunas ideas que valga la pena decir. Pero si Dios ha permitido que sea yo quien predique, y si ustedes oran por mí, creo que el Señor no nos dejará avergonzados en esta mañana. Hago esta introducción no para proclamar dificultades, sino para que ustedes me ayuden a vencerlas.

Parecería que está de más preguntarles cuál es el nombre de nuestra iglesia. Quizás esté aquí alguien de visita que lo ignore, pero casi la totalidad de los presentes lo sabemos; y yo quiero que a las tres repitamos el nombre de nuestra iglesia. Una, dos, y tres:

“Soldados de la Cruz de Cristo”, se oye decir a coro.

Esta es la Iglesia Internacional Soldados de la Cruz de Cristo. Los misioneros llevamos esta inscripción en nuestra insignia: «Soldados de la Cruz», y yo pregunto: ¿Quién es un soldado? ¿es un cualquiera? ¡No! Un soldado es un miembro de un ejército. Y, ¿qué razón de ser tiene un ejército, qué función, qué utilidad? ¿Qué representa para su país? ¿Un gasto innecesario? ¡No! La misión de un ejército es defender al país, y aunque las guerras de conquista están suprimidas (extraoficialmente se hacen todavía algunas veces), en la antigüedad los ejércitos se ocupaban en muchas ocasiones no sólo en defender su territorio, sino también en extenderlo, es decir, en ganar otras ciudades, otros territorios, para que el país se ampliara. Así encontramos en las Sagradas Escrituras el caso de Israel, el pueblo escogido de Dios, al cual le fue prometido una tierra que estaba en posesión de otras gentes, y que ellos tenían el deber de conquistar. En este caso podemos decir que todos los varones de la población, mayores de veinte años, eran

soldados, pues tenían la obligación de enrolarse en el ejército para conquistar la tierra prometida. Y nosotros, como soldados, ¿qué hacemos? ¿cuáles son nuestras armas y cuál es nuestra función? ¿En qué nos estamos ocupando?

El Señor dijo a sus discípulos (y en ellos a todos nosotros): **“Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas que el que no creyere, será condenado”** (Mar.16:15 y 16). Nosotros, como discípulos de Cristo, como soldados de la cruz de Cristo, tenemos el deber de conquistar al mundo para Cristo. No debemos quedar dentro de nuestras fronteras tranquilos, disfrutando de lo que ya hemos logrado, y ajenos a lo que sucede más allá; el Señor nos ha dado una misión que debemos cumplir, y es la de conquistar al enemigo. Es doble nuestra misión: defendernos del ataque de nuestros enemigos, y a la vez conquistar al enemigo. ¿Es así, o no es así? ¿Y lo estamos haciendo a cabalidad? Parece que estamos un poco cansados en medio de la batalla, y quisiera ayudarles por medio de mis palabras, orientarles, para que reanudemos con ímpetu, con valor, el cumplimiento de nuestra misión, porque precisamente, esta reunión, este encuentro, se hace (según la cita que nos hizo el superintendente) para buscar la solución a los problemas que nos están limitando en el cumplimiento de nuestra misión como predicadores del evangelio, como ganadores de almas. ¿Vinimos tan sólo para vernos, para gozarnos escuchando los himnos, o vinimos para aprender tácticas de predicación que sean efectivas? ¿Este es el propósito? (*Amén, dice la congregación*).

Bien, ¿recuerdan la porción de las Escrituras que fue leída? (Luc.14:31 y 32) Nos dice que si un rey se ve en necesidad de salir a la guerra contra otro rey que viene a invadirles con un ejército mayor, porque tiene un número doble de soldados, entonces, aunque el enemigo sea más fuerte que él, el rey no se debe acobardar, no debe cruzarse de brazos, algo debe hacer: Sentarse primero a contar sus recursos para saber si puede enfrentarse al enemigo con posibilidad de victoria; o si es preferible rogarle por la paz.

Hay dos métodos o formas muy comunes que a casi todos nos afecta: Por un lado la del pesimismo, la del miedo, la de «el hacer nada»; y por otro lado la de lanzarnos a la batalla ciegamente, aun expuestos a la derrota. El pesimismo es negativo, pero el optimismo ciego, fuera de razón, también es negativo.

Dice un proverbio: **“Dice el perezoso: el león está fuera; en mitad de las calles seré muerto”** (Prov.22:13). El cobarde, el negligente, aunque no haya visto al león, se lo supone, y no sale a sembrar, no sale a combatir, porque es miedoso, pesimista. ¿Debe ser esa la actitud nuestra? ¡No!

Ahora, también se nos dice del optimista: *“Del vigésimo piso iba cayendo el optimista, y al pasar frente a cada ventana, decía a sus aterrorizados amigos: ¡Hasta ahora todo va muy bien!”*. Era tan optimista que, porque todavía no había llegado al suelo, decía estar todo muy bien, pero ¿qué sucedió al llegar abajo? Así le sucederá a todo aquel que cierra los ojos y no considera los pro y los contra para llamarse a una realidad efectiva. Con miedo, con pesimismo, nunca llegaremos a donde tenemos que ir. Con cerrar los ojos y decir: *“¡Todo está bien, todo está bien!, y estrellarnos, peor.*

¿Qué recomendó el Señor? ¿Qué debemos hacer a la luz de la citada parábola del rey? Primero llamarnos a hacer un recuento; considerar, valorar nuestras posibilidades, compararlas con las de nuestro rival, y llegar a la realidad. Si comprendemos que en el momento no nos es posible salir al ataque, y ser victoriosos, entonces estudiar la forma de

mejorar nuestras condiciones, estudiar nuevas tácticas, para luego poder derrotar al enemigo. Yo creo que eso debe ser nuestra actitud correcta.

Lamentablemente, dentro de nosotros hay algunos miedosos, algunos que prefieren hacer nada ante las dificultades y ante las amenazas del poder extraordinario del enemigo. El diablo tiene sus huestes, está activo, porque cada día está cobrando más terreno, y ante esa situación muchos de los nuestros están amedrentados, sienten miedo, y quizás están tratando de escapar por sus vidas en lugar de presentar frente de lucha. A eso no nos llamó el Señor, hermanos. Otros, quizás por inexperiencia, no ven las dificultades, no ven las desventajas, y quieren lanzarse a ciegas, expuestos a chocar, expuestos a estrellarse; esto tampoco es bueno. Debemos llamarnos a la realidad, contar cuantos recursos tenemos, cuantos soldados tenemos, y buscar la forma de aumentarlos, y entrenarlos bien, para poder competir con nuestro rival.

Hay ejemplos bíblicos que nos ilustran esta situación, y que debemos considerar. Quiero referirme otra vez a la guerra de conquista del pueblo de Israel. La mayoría de los presentes somos diestros en las Escrituras, conocemos la historia bíblica, pero si repito partes de la historia es porque tal vez entre los presentes hay algunos que no conocen esa historia. El pueblo escogido, después de atravesar el desierto durante cuarenta años, cuando por fin se dispusieron a entrar a la tierra de Canaán, a poseer la tierra que el Señor les prometió, tuvieron un primer encuentro con el enemigo en la ciudad de Jericó, y allí, milagrosamente, el Señor les dio una victoria rotunda. En esa ocasión ellos estaban bien preparados espiritualmente, y siguiendo la orientación divina, sin tener que usar sus espadas, rodeando la ciudad y alabando al Señor, los muros cayeron, y ellos tomaron la ciudad (Dios suele hacer milagros, y a veces las armas sobran cuando nos ponemos bajo su dirección). Pero después de haber tomado una ciudad grande y amurallada, después de una victoria tan notable, les sucedió como nos sucede muchas veces, que nos dormimos en los laureles, nos confiamos, y ahí hay peligro. El segundo paso era tomar la ciudad de Hai, una ciudad pequeña; y cuando Josué mandó a los exploradores, éstos regresaron diciendo más o menos: *“No, no mandes a todo el ejército, no hace falta. Manda nada más que a dos o tres mil soldados, porque la ciudad de Hai es pequeña y están desprevenidos”*. Y Josué envió a sus soldados para combatir a Hai, y, ¿qué sucedió? Que los israelitas fueron vencidos. El ejército de Dios, capitaneados por Josué, salió derrotado y tuvo que huir. Poquitos enemigos hicieron huir al pueblo santo, avergonzaron al ejército del Dios Todopoderoso. ¡Que afrenta! ¡Huyeron ante un enemigo aparentemente inofensivo!

Ahora, piense cada uno de ustedes: *“¿Si yo fuera Josué, que haría para resolver esta situación?”* La solución más fácil sería decir: *“Vamos a retirarnos, que esta gente pudo más que nosotros. Vamos a otro rumbo”*. Huir es fácil, pero a eso el Señor no nos ha enviado.

Otra posible reacción de Josué hubiera podido ser: *“Vamos a enviar más soldados. Vamos a usar otras tácticas de guerra. Vamos a atacarlos por sorpresa. Vamos a hacer esto, o lo otro, o lo otro, y volvamos otra vez”*. Y si lo hubieran hecho así, ¿qué hubiera sucedido? Aunque hubiera enviado más soldados, aunque hubieran empleado las mejores armas y las mejores tácticas, ¿qué hubiera sucedido? Hubieran sido derrotados nuevamente, porque, ¿cuál había sido la causa de la derrota? No tan sólo la cantidad de soldados enviados, sino que había algo oculto que era la verdadera causa. Entonces, huir

no era recomendable, pero tampoco arrojarse de nuevo sin eliminar primero la causa de la derrota que habían sufrido.

Por indicación de Dios Josué reunió al pueblo, hizo un examen, ahondaron, y encontraron cual había sido el motivo por el que Dios no les respaldó, no les dio victoria en esa ocasión.

Aunque Jericó era una ciudad rica, a los israelitas les fue completamente prohibido tomar algo de los despojos de esa ciudad. Nada de ella debían tomar, ni dinero, ni oro, ni plata, nada; Dios así lo ordenó. Pero un hombre llamado Achán, violando esa orden, en forma escondida tomó unas piezas de plata, un changote de oro y un manto babilónico, y los escondió debajo de su tienda; hizo algo que Dios había prohibido, y aunque para algunos eso parece una cosa insignificante, esa fue la causa por la que Dios no les respaldó en la batalla contra Hai, y salieron derrotados.

Entonces, ¿qué hizo Josué? Quitó el anatema. Después que descubrió quién era el culpable, después que desenterraron el anatema, y lo trajeron, y lo quemaron, entonces reanudaron el ataque y vencieron; de lo contrario hubieran salido derrotados dos, tres, cuatro o más veces. Hasta quitar el anatema ellos no tuvieron victoria. Por eso nos da a entender la Escritura: Aunque el enemigo sea poderoso, siéntate, analiza la situación, arregla todo dentro de tu ejército (dentro de tu casa), especialmente arregla tus cuentas con Dios, que es el que da la victoria, y entonces podrás vencer al enemigo, aunque sea superior.

Aunque no todos, es posible que algunos de entre nosotros tengan por ahí algún changotito, algún mantito, algún dinerito mal habido; tienen enterrado en la tienda algo con lo que están violando los mandamientos del Señor, y ahora decimos: “¿Por qué no tenemos victoria? ¿Por qué estamos luchando, y hacemos planes que se nos desbaratan, y los volvemos a hacer, y el enemigo está avanzando, y nosotros estamos como patinando en el mismo lugar? ¿Qué sucede?” Yo creo que es que hay por ahí algunos changotitos y algunos mantitos, y que es necesario quemarlos. No creo que sea necesario quemar a los modernos Achânes, ni a sus mujeres, ni a sus hijos, ni a sus asnos (cómo lo hicieron en aquella ocasión), pero si hay que quemar el anatema, y entonces el Señor nos dará la victoria.

Cuando Jerusalem estaba amurallada, y el ejército en toda su mejor forma, fueron derrotados en muchas ocasiones a causa de sus pecados. Luego, todavía con los muros caídos, pero habiendo ya restaurado la comunión con Dios, la ciudad fue edificada de nuevo. Entonces, no confiemos en los muros de piedra; no confiemos en nuestras armas; confiemos en nuestra buena relación con Dios.

Yo quiero que este mensaje sea recordado por su título, es una sola palabra: “**Holocausto**”. Veamos si encontramos relación entre este título y lo que estamos considerando.

Cuando el antiguo pueblo de Dios, en sus distintas etapas a través de la historia bíblica, tenía que salir en guerra contra sus enemigos, ¿qué hacían primero? Se santificaban, ofrecían sacrificios, hacían las paces con el Señor, y luego salían a combatir. Primero ofrecían sus holocaustos, sus presentes, arreglaban sus cuentas con Dios, salían al combate, y el Señor les daba victoria.

Nosotros pertenecemos al actual ejército de Dios, y yo creo que nuestros planes son buenos; y que es una necesidad que intentemos organizarnos mejor (tenemos que

lograrlo, con la ayuda de Dios); creo que tenemos que llenarnos de más valor, todo eso es cierto; pero todo será nulo si primero no ofrecemos el holocausto.

En las ediciones antiguas del Manual se nos habla de un día especial en la historia de nuestra iglesia llamado “Día de Holocausto”. Ese día es el 30 de septiembre. Quizás muchos de ustedes, especialmente los miembros más recientes, lo desconocen, pero en las ediciones antiguas del Manual está señalado el 30 de septiembre como día de holocausto, porque ese día, en el año 1928, la iglesia se reunió y quemó el anatema. Ese día hicieron una quema de todo aquello de lo cual ya estaban conscientes que era desagradable a Dios; todas las abominaciones fueron quemadas, y por eso le llamaron el día del holocausto. Todavía hay un testigo viviente de aquel acontecimiento, pues tenemos entre nosotros al hermano Selvin Hall, que era pequeño en aquella ocasión cuando los hermanos de Miramar hicieron un hoyo en la tierra y en él arrojaron todas las telas y los colchones floreados (no tuvieron la «precaución de nosotros», de ponerles un forro, o pintarlos) y todos los cuadros que tenían imágenes, y les prendieron fuego. Como esas cosas a veces tardan en terminar de quemarse, al día siguiente Selvin, jugando, se metió en el hoyo (que aparentemente ya estaba apagado, pero debajo todavía quedaban brasas), por lo que sufrió una quemaduras de la cual todavía tiene la cicatriz. Esto no es un cuento inventado, pues todavía quedan pruebas vivientes de aquel holocausto.

Aquel holocausto contribuyó a que la iglesia, con muy poquitos soldados, con muy poquitos recursos, se diera a la tarea de evangelizar al mundo, y Dios le respaldara con grande poder, con grandes sanidades, con gran visión espiritual, y con el don de profecía. Así la iglesia se abrió paso bajo la dirección de un líder espiritual que buscaba la dirección de Dios y la ponía en práctica; y así orientada a su pequeño ejército.

Era fácil que aquel pequeño grupo de creyentes se hubiera desintegrado ante las graves dificultades a las que se estaba enfrentado; pero el holocausto que ofrecieron fue agradable a Dios, y Dios les dio la fortaleza necesaria para que la iglesia pudiera abrirse paso en medio de las dificultades. Y hoy, que la iglesia ha crecido, que contamos con miles y miles de soldados, y que contamos con muchísimos recursos que ellos no tenían, estamos haciendo menos por no ofrecer el holocausto. ¿Hay changotes, hay mantos, hay otros intereses que predominan? Si no los quitamos seguiremos patinando aunque hagamos los mejores esfuerzos y los mejores planes que se puedan hacer. En cambio, si nos ponemos a cuentas con Dios, en el nombre de Jesús venceremos, y la iglesia será triunfante, y el mundo será conquistado. No destruido, sino conquistado para el Señor.

La victoria es por la fe. ¿Y quién es el padre de fe? El autor de la fe es Jesucristo, pero, ¿a quién se le llama el padre de fe? A Abraham. La fe sin obras es muerta; las obras no producen la fe, sino que son una demostración de la fe. Donde no hay obras es porque no hay fe. Si hay fe, esto se deja ver a través de las obras. Las obras no justifican, lo que justifica es la fe, pero ésta se deja ver a través de los hechos, y a Abraham le fue atribuido a justicia un hecho notable, ¿cuál? Abraham se dispuso a ofrecer el holocausto cuando Dios le pidió a su hijo; él no se lo negó. ¿Quién de nosotros tiene ese valor? ¿Quién de nosotros tiene esa fe? Él creía que aún después de muerto, el Señor era capaz de resucitarlo y dárselo de nuevo.

Si a alguno de los presentes el Señor le pidiera un hijo, ¿quién estaría dispuesto a ofrecerlo en holocausto? ¿Quién tiene ese valor y esa decisión? Ni todos juntos, reuniendo el poquito de fe de cada uno de nosotros, llegaremos a la medida de la fe de Abraham. El Señor no quiere sacrificios humanos, actualmente ni siquiera acepta

sacrificios de animales, estamos seguros de eso, pero piense cada uno, especialmente los padres, si el Señor nos pidiese un hijo, ya no para quemarlo sobre la leña, sino para usarlo de alguna manera especial en su servicio, pero que para eso tuviéramos que desprendernos de ese ser querido, ¿seríamos capaces de eso, de ofrecerlo? Y si el Señor nos pidiera (esto es una suposición) ponerlo sobre la leña y prenderle fuego, ¿seríamos capaces de eso? Si no, no tenemos la fe de Abraham, la que le fue atribuida a justicia, y por la cual es llamado el padre de fe.

Pues bien, yo creo que no es necesario quemar en carne a nuestros hijos, ni a nuestros padres, ni a nuestros hermanos. Eso no es necesario, pero sí es necesario hacer algo parecido, y eso es lo que yo quiero dejar bien firme en las mentes de ustedes para que el que tenga fe y valor lo haga, y el que no, por lo menos sepa que fue advertido acerca de esto. Tú, que tienes a tu hijo en una foto tan bonita... Tú, que lo tienes en una colección de fotos desde que era pequeñito, y que a través de las edades quieres refrescar tu memoria mirándolo en las distintas etapas de su crecimiento... Tú, que tienes otras imágenes que para ti tienen mucho valor, que tienes puesto en ellas tu devoción, que las cuidas, que las guardas, que de cierto modo las estás honrando... Tú, que quizás tienes también fotos tuyas, de cuando eras joven, de cuando estabas mejor parecido, o de cuando eras más bonita; óyeme bien. Esas imágenes de tu hijo, de tu hermano, o tuyas, éstas sí puedes ofrecerlas en holocausto al Señor. El Señor no te va a pedir a ti que quemes a un ser querido en carne, pero con paciencia está esperando a que te decidas a ofrecerlo en holocausto, a quemar el anatema, como hizo Daddy John el día 30 de septiembre de 1928.

El Señor no nos ha dejado del todo, pero sus manifestaciones se ha empobrecido entre nosotros porque hay anatemas dentro del pueblo (y no sólo en el asunto de las imágenes), y mientras no quitemos esos anatemas no triunfaremos como es nuestro deseo, y es la voluntad del Señor. Por eso yo recomiendo que preparemos la hoguera.

Les hablo por experiencia personal, porque cuando yo comencé en estos caminos, cuando yo acepté que la ley de Dios estaba vigente en forma permanente, y que debíamos observarla... Cuando yo era miembro fiel a medias, pero chocaba (como muchos de ustedes) con la interpretación de la iglesia acerca del segundo mandamiento... yo decía: “¿*Qué tiene de malo tener fotos, tener pinturas, si con eso a nadie ofendo?*”. Yo no era un pintor experto, pero yo pintaba, hacía mis cuadritos, y por lo menos mi familia no se avergonzaba de ponerlos en las paredes, y tenía muchas otras imágenes, y discutía con mis pastores acerca de este mandamiento, porque no entendía que la interpretación de nuestra iglesia estuviera correcta en cuanto al segundo mandamiento. Pero aún así, sin llegar a entenderlo plenamente, sin que las explicaciones de mis superiores me dejaran satisfecho, yo me decidí (quizás no por mi cuenta, sino porque el Señor puso esa voluntad en mí) a guardar el mandamiento como está escrito, lo entendiera, o no lo entendieron. Me dije: “*Si Dios lo ordena así, El sabe el porqué, aunque yo no lo sepa*”, y yo hice mi holocausto. Y entre esas cosas habían muchas que yo apreciaba hondamente, pero las quemé, y como testimonio puedo decirles que ahí comenzó mi crecimiento espiritual; ahí comenzó mi progreso en esta iglesia, y sé que cada uno de ustedes que se disponga a hacer su holocausto va a encontrar el mismo resultado. Y si toda la iglesia, a una, se dispusiera a hacerlo, veríamos el cambio; y entonces, sin necesidad de que estuvieran aguijoneándonos ni avergonzándonos por nuestra inactividad, la iglesia llegará a

conquistar al mundo para Cristo. Mientras tanto, hagamos lo que podamos, pero no esperemos victorias notables mientras no hagamos el holocausto.

Que el Señor nos ayude a entender su voluntad y Él tome la gloria y la honra de estas palabras.